

mo el de Herodes, Antiocho, u otro de los de aquel tiempo, Jesucristo quedaba desconceptuado desde luego. El Evangelio hablando de la orgullosa pretension de Salomé, la mujer del Zebedeo, dice que los otros Apóstoles llevaron muy á mal su exigente orgullo:—Y oyendo los diez se indignaron contra los dos hermanos (1). Si Jesucristo no hubiera rechazado aquella exigencia, se hubiera convertido en despegó á su persona, lo que era un motivo de indignacion contra sus parientes. Por eso Jesus le responde que entre sus discipulos no hay esa superioridad mundanal; que quien se quisiera elevar sobre los hombros de los otros quedará de criado de aquellos mismos, pues Él mismo, que era Hijo del Eterno Padre, habia venido á servir á los hombres sin querer dejarse servir de ellos como podia hacerlo. ¡Leccion sublime que mataba las ambiciones personales y el nepotismo! Por eso responde ahora como habia respondido á sus Padres en el templo, como habia respondido á su Madre en las bodas de Caná, como respondió mas adelante al mismo Pilatos el dia de su muerte, que él estaba en el mundo para hacer la voluntad de su Padre y no la suya; ¡siempre la misma respuesta, siempre la misma verdad! «El que os sentéis á mi derecha ó á mi izquierda no me toca á mí concedérselo, sino que es para aquellos á quienes así lo tiene preparado mi Padre.» Con esta contestacion despidió á los parientes ambiciosos, que comprendian tan mal el espíritu de humildad y abnegacion de la doctrina de Jesucristo, humilde en su nacimiento, en su vida y en su muerte. Sin el espíritu de esta contestacion y sin esta doctrina, el cristianismo solo tiene la corteza exterior de la verdadera religion, pero no la médula ni los frutos.

Pero esta reprension tan justa y tan merecida, que Jesus dirige á sus parientes, cuya ambicion conoce, cuya altanería lee en sus frentes y en sus corazones, no alcanza, ni puede alcanzar ni dirigirse remotamente á su humilde, humildísima Madre, la personificacion de la humildad más profunda, la que por su humildad sincera atrajo y fijó las miradas del Eterno, la poetisa inspirada que cantó ántes que nadie las glorias de la santa humildad, á diferencia de las otras poetisas de su país que habian cantado en estilo épico los triunfos de la omnipotencia y la derrota de los enemigos. No; no podian dirigirse esas palabras á la cantora del *Magnificat*, á la que habia dicho treinta y tres años ántes, y cuando era adolescente: *Quia respexit humilitatem ancillae suae!* No se reprende al que no yerra. María no erraba, no era ambiciosa, era impecable. Durante toda su vida buscó la oscuridad de la existencia escondida y oculta á los ojos del mundo y de los hombres. Es una concha que no desprende su perla, sino que ni aun se abre á los rayos del sol, y aprendiendo fuertemente sus bordes se oculta en el seno del mar, sin dejar que penetren hasta su corazon las aguas saladas del orgullo.

Mientras Jesus recorre las riberas del lago y del Jordan, y las aldeas de Galilea, María sigue á Jesus, cuida de Él, se mezcla entre la turba para oír la palabra de su Divino Hijo, por nadie comprendida como por ella. Cuando se aleja ó se oculta en el desierto, recógese silenciosa y modesta á su casita solitaria de Nazareth. Cuando Jesus sube á Jerusalem para celebrar la Pascua, siguele á la Ciudad Santa como le habia seguido y llevado de niño. Su corazon de madre prevé no como

(1) *Et audientes decem indignati sunt.* (San Mateo, XX, v. 24.) *Indignati sunt*, podia decir San Mateo, pues era uno de los diez. *Et audientes decem caeperunt indignari de Jacobo et Joanne*, dice San Marcos, que no nombra á la madre de ellos (capítulo X, vers 41.)

quiera el riesgo, sino la desgracia. Jesus la tiene anunciada á sus discipulos, que ni la han comprendido, ni la quieren creer. Pedro el enérgico, el cariñoso y franco con su Maestro, rechaza el anuncio y casi quiere desmentirle (1). ¿Cómo han de creer los otros en la muerte, y muerte ignominiosa de Jesus, si el mismo Pedro tan creyente no la cree? Pero la Madre de Jesus la cree, y no solamente la cree sino que la comprende. Pedro habia visto á Jesus transfigurado en el Tabor, rodeado de gloria visible á los ojos humanos: habia oído atónito la voz del Eterno Padre, y con él habian escuchado y presenciado aquellas maravillas los dos hijos del Zebedeo, que por momentos breves habian logrado una gloria muy superior á la que su madre codiciaba para ellos.

Pero ¿por qué María no estaba en el Tabor?

—María no era apóstol: María no habia de predicar el Evangelio, María no necesitaba este favor. ¿Sabemos nosotros por ventura cuántas veces vió transfigurado á su Divino Hijo, y cuántos favores recibió, que solamente supieron quién los hacia y la que los recibia? ¿Dejaria de hacer con su Madre lo que ha hecho y hace con esas almas puras, fervientes, virginales, humildísimas, á quienes colma de celestes y sobrenaturales favores? Pero ese era su secreto, su *sacramento*, porque es bueno esconder el *sacramento* del Rey.

El puesto de María, dado su carácter, no estaba en el Tabor, sino en el Calvario. En este no podia faltar, porque aquí sufría, porque aquí se humillaba.

Vamos á verla en el Calvario.

### XXXV.

#### MARIA EN EL CALVARIO.

Mirad que vamos á Jerusalem, y allí el hijo de la Virgen (2) será victima de una traicion para ser crucificado (3). Así habia dicho Jesus á sus discipulos al ir á terminar su mision evangélica, y al emprender su último viaje á Jerusalem, acompañado de sus Apóstoles y discipulos y de las piadosas mujeres, parientas en su mayor parte, que le acompañaban y servían en sus viajes. Probablemente vió María la entrada triunfal de su Hijo en Jerusalem, y oyó aquel caluroso *Hosanna*, con que aclamaban las turbas al descendiente de David, que venia bendito en el nom-

(1) Cuando al anunciar á sus discipulos que seria perseguido por los sacerdotes y muerto, le dice San Pedro, lleno de carino por él, que no podia ser eso:—*Absit á te, Domine: non erit tibi hoc*, le responde Jesus con cierta dureza:—Vete de ahí, Satanás, no tienes gusto de las cosas de Dios, sino en las de los hombres (San Mateo, cap. XVI, vers. 22.)

(2) Así traducia nuestro venerable Granada las palabras *Filius hominis*, y en verdad que es una traduccion muy expresiva.

(3) *Eccc ascendimus Jerusalem, et filius hominis tradetur.*..... (San Mateo, cap. XX, v. 18.)

bre del Señor y entraba por sus puertas como Rey pacífico, lleno de mansedumbre.

Es muy probable también que en la noche terrible de la última cena participase del banquete eucarístico, siquiera no presenciase su institución (1): según el Evangelio, solamente asistieron á ésta los doce Apóstoles. Pero estando la Santísima Virgen en la misma casa, ¿podía dejar de recibir una muestra de cariño de aquel á quien había llevado en sus entrañas durante nueve meses? Con los mismos discípulos salió Jesús de la casa hospitalaria para ir á un huertecillo vecino, donde solía hacer oración á su Eterno Padre, bajo la bóveda del firmamento tachonado de estrellas, que representa la inmensidad Divina en la medida de la creación. Jesús según la creencia más común no se despidió de su Madre al marchar al sitio donde iba á comenzar su pasión dolorosa. Quiso ahorrarle este dolor, ya que tantos iba á tener. El egoísmo busca el modo de aliviar el dolor comunicándolo, la naturaleza misma nos impulsa á este desahogo; pero el que bien quiere prefiere sufrir doble, con tal que no lo sepa ni padezca tanto como un átomo el sujeto amado. Jesús sabía que no había de morir sin despedirse de su Madre.

Bien pronto llegó á oídos de ésta la fatal noticia: quizá fué San Juan, su sobrino y confidente, quien la trajo á casa. Juan sabía ya de antemano la traición y el nombre del traidor. Recostados los Apóstoles en el suelo sobre cojines mientras Jesús les daba sus últimos consejos, la rubia cabeza del joven y candoroso Apóstol descansaba junto al seno de su Primo, y escuchaba sus palabras con anhelo, sin perder una, como quien ha de escribirlas más adelante. En medio de su plática Jesús queda cortado (2), y saliendo de pronto de aquel estado congojoso, les anuncia á sus discípulos, que uno de ellos le vende y le va á entregar.

Pedro, que estaba junto á Juan, le pregunta á éste en voz baja:—¿Por quién lo dice? Juan acerca más su blonda cabeza al pecho de Jesús y le interroga con cariñoso afán:—Señor, ¿quién es?

En voz baja le responde, sin llevar á mal la pregunta hija del cariño, más que de la curiosidad:— Aquel á quien diere un pedazo de pan mojado en salsa es el que me va á entregar;— y al decir esto alarga á Júdas un bocado de pan. Poco despues sale del cenáculo el traidor, y Jesús le dice con doloroso acento:—Despacha pronto: lo que has de hacer hazlo luego. Ni el mismo San Juan, que sabía ya quién era el traidor, pudo comprender el sentido misterioso de estas palabras (3). ¿Cómo se había de figurar que la traición estaba tan próxima? Y eso que Jesús les decía:—¡Todos os vais á escandalizar y acobardaros con lo que me va á pasar esta noche!—Pero el cariño es ciego, y á veces parece que ve ménos cuanto más abre los ojos con estupor y extrañeza.

(1) La Venerable Madre de Agreda supone que en efecto San Juan llevó á la Virgen la Sagrada Eucaristía.

Bien necesitaba ser confortada con el sagrado manjar en las terribles angustias que iba á sufrir.

(2) *Cum hæc dixisset Jesus turbatus est spiritu, et protestatus est, etc.* (San Juan, cap. XIII, v. 21 y siguientes.)

(3) Añade el Apóstol que creyeron los Apóstoles que le mandaba comprar algo para el día de fiesta, ó que diese algunas limosnas del dinero reservado. ¡Hasta tal punto respetó Jesús la fama de aquel malvado, hasta el último momento!

Juan ve la prisión de Jesús, el valor de Pedro que se arroja contra ciento sable en mano, sigue de lejos á su Maestro preso, entra en casa del Pontífice valiéndose de las relaciones que allí tenía; espera entre los soldados del cuerpo de guardia el paradero de aquel juicio, con que se trata de encubrir un asesinato jurídico y premeditado; espántase de la debilidad de Pedro, como se había admirado ántes de su temerario arrojo, y confundido entre la chusma, escucha aterrado que se declara á Jesús reo de muerte por blasfemo. Poco despues sale su Maestro y pariente entre unos soldados que le maltratan de obra y de palabra, canalla depravada que tenían á sueldo el Pontífice y sus degenerados sacerdotes, y le encierran en una lóbrega y estrecha covacha junto al cuerpo de guardia. Jesús al pasar dirige á Pedro una expresiva mirada de cariñosa reconvencción, y á Juan otra de cariño. ¡Ay cuánto dice aquella lánguida mirada!—Ya lo ves como era cierto..... Acuérdate de esto y de lo que va á pasar..... Cúmplase la voluntad de mi Padre..... Conviene que esto suceda..... Veo que tú no me faltas..... Cuida de mi pobre Madre.....

Y al paso que Pedro huye despavorido y llora en la soledad aquella cobardía pasajera, hija del respeto humano, y providencial castigo de la presunción confiada, Juan regresa á la casa del cenáculo, solo y cabizbajo, á comunicar á María, á su madre, á sus parientas y demas piadosas mujeres la triste noticia de que Jesús está preso y condenado á muerte, no por el conquistador romano, sino por los sacerdotes y sus mismos paisanos.

Ya amanece: en la casa, atestado de gente, como todas las de Jerusalem, apenas hay quien duerma, ni hay lechos para todos. Óyense gritos y tropel de gente que corre por la calle, y se dicen unos á otros:—Por ahí llevan á Jesús el Galileo, el embaucador: á casa del Pretor en eso tenía que parar.

María sale con Juan y sus parientas y demas santas mujeres. ¡Pobre Madre! Ve á lo lejos el templo y baja la cabeza. No necesitaba verlo para recordar las fatídicas palabras del anciano Simeon: el cuchillo está clavado en su corazón, pero tiene que penetrar aun más hondo. De casa de Herodes vuelve Jesús á la de Pilatos, vestido con una túnica blanca, traje con que solían vestir á los locos, y de loco visten al que es la Sabiduría Eterna. Por la noche la iniquidad aparentando justicia, por la mañana el escarnio aparentando discreción, al medio día la ferocidad aparentando respeto. El Pretor romano conoce la iniquidad con que es acusado aquel que le presentan como reo, y para librarle la vida, satisfaciendo la crueldad de los acusadores, le hace azotar bárbaramente por mano de los sayones y de los soldados de su guardia. La tradición, y con ella todos los escritores católicos, suponen que María presenció aquel horrible espectáculo, que por atroz que fuese todavía era ménos que lo que le restaba por ver. Los azotes descargados sobre las inocentes carnes de Jesús desgarraban el corazón de la inocente madre. Hoy no habría ninguna que soportara tan horrible espectáculo; ¿qué mujer tendría hoy valor para ir á ver ajusticiar á su hijo? Pero las mujeres hebreas no se apocaban en casos tales. Cuando David entregó á los gabaonitas siete hijos de Saul para que los ajusticiasen, en castigo de las tropelías que su padre había hecho con aquellos, faltando á lo pactado, Resfa, madre de dos de aquellos infelices, se colocó junto á su patíbulo en el cerro que miraba al templo, quizá el mismo sitio del Calvario, y sentada sobre una piedra, vestida de grosera túnica, estaba allí durante largo tiempo guar-

dando los cadáveres de sus hijos, sin permitir que los destrozasen las aves de rapiña, ni se acercasen á ellos las fieras durante la noche (1).

Pero ¿cuál sería el dolor de María al ver á su Hijo asomado á la galería del pretorio, y hecho rey de burlas el Rey de la Gloria! Un manto de vieja púrpura, apollada y raída, cubre sus ensangrentadas espaldas, una corona de espinas taladra su cabeza y hace correr la sangre por su pálido rostro, trazando surcos rojizos: en las manos tiene una caña por cetro irrisorio y una soga áspera ciñe su garganta en vez de collar de oro. ¡Qué espectáculo para una madre! Y entre tanto el infierno sueltó desencadena contra la sagrada víctima toda la furia de su poder tenebroso, y sopla el furor insensato de su rabia en los corazones de la aristocracia y del pueblo, de los fanáticos y de los hipócritas, de los malos y degenerados sacerdotes, de los sabios infatuados con su saber sofisticado y capcioso, del populacho brutal y embrutecido, y aquellos destilan en los labios de estas palabras de rabia y de venganza, y estos gritan furiosos:—¡A él, á él, crucifícale, crucifícale!

Y en efecto el pretor romano firma la sentencia de muerte, y aquel pueblo sanguinario y degenerado aplaude frenético la iniquidad triunfante. Suenan los clarines, forma la cohorte romana ante el pretorio y salen dos bandidos llevando cada uno sobre sus hombros el palo en que ha de ser ajusticiado. En pos de ellos sale Jesús lívido, extenuado de fatiga, sediento por la mucha sangre que ha perdido, y sale también llevando su cruz, cuyo peso le abrumba y le hace caer desfallecido. Al verlo gime la Madre y se desmaya, alzan sus primas y las santas mujeres dolorosos gemidos que llegan al cielo, y las acompañan en su dolor las piadosas doncellas de Jerusalem, no pervertidas por el orgullo farisaico, ni la sofistería de los escribas, ni la hipocresía avara del sacerdocio degenerado que comercia con la religión.

Y cuando le llevaban echaron mano de un hombre de Cirene, llamado Simón, que venia del campo, y le obligaron á llevar la cruz por detras de Jesús. Y le seguía un gran tropel de gente y mujeres que lloraban y se lamentaban de lo que le pasaba. Mas Jesús volviéndose á ellas les dijo:—No lloreis por mí, Hijas de Jerusalem, llorad mas bien por vosotras y por vuestros hijos; porque os van á venir tiempos en que se diga: ¡Dichosas las estériles y dichosos los vientres que no engrandaron, y los pechos que no dieron de mamar! Entonces si que empezarán á decir á los montes: ¡caed encima de nosotros! y gritarán á los collados para que los cubran. Porque si esto se hace con el leno verde, ¿qué será con el seco (2)?

La tradición supone que con estas piadosas mujeres venia la Santa Madre de Jesús oprimida de dolor y anegada en llanto; y designa todavía el sitio (3) donde aquella encontró á su Hijo pálido, abatido, desfigurado, amoratado el rostro, y cubierto de sangre coagulada, y no bastando su gran fortaleza, su continua gracia, su resignación profunda, y el ministerio de los ángeles que la confortaban, cayó desmayada, pues al fin, aunque santa y muy santa, era madre. ¡Pudo en aquel mo-

(1) Libro II de los Reyes, cap. XXI, v. 10.

(2) San Juan, cap. XXIII, v. 27.

(3) El devoto peregrino refiriendo cómo estaba en el siglo XVII el sitio donde la Virgen encontró á su Hijo llevando la Cruz, dice: "Como cien pasos más adelante (del pretorio) están las ruinas de una iglesia llamada el *pasmo de la Virgen*; y este es el lugar donde la Virgen acompañada de San Juan y las otras devotas mujeres, salió al encuentro á su bendito Hijo."

Refiere en seguida la demolición de aquella hermosa iglesia por un Bajá llamado Mahomet. El P. Geramb y otros viajeros hablan también de esta iglesia.

mento hablar á Jesús (1)? ¡Tuvo la naturaleza fuerzas para articular siquiera dos palabras, ó no pudo hacer hacer mas que lanzar una mirada fija, dolorida, expresiva, de esas miradas que dicen más que mil palabras?

¡Cuán bello y bien sentido es el pasaje en que nuestro clásico Granada describe el doloroso encuentro de la Virgen con su Hijo en la triste *via judiciaria* (2)! «Camina pues la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que le iban pregomando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo y guiarla sin otra guía. Acércase más y más á su amado Hijo y tiende sus ojos oscurecidos con el dolor, para ver si pudiese ver al que amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle; por otra rehusaba ver tan lastimera figura. Finalmente llegada ya donde le pudiese ver, miranse aquellas dos lumbreras del cielo una y otra, y atraviéanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas para hablar, mas al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo y le decía:—¡Para qué viniste aquí, paloma mia, querida mia y Madre mia? Tu dolor acrecienta el mío y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, Madre mia, vuélvete á tu posada, que no pertenece á tu pureza virginal compañía de homicidas y ladrones. Si lo quisieres así hacer templarse ha el dolor de ambos, y quedaré yo para ser sacrificado por el mundo, pues á tí no pertenece este oficio, y tu inocencia no merece este tormento. Vuélvete pues, oh paloma mia, al Arca, hasta que cesen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás donde descansen tus pies. Allí vacarás á la oración y contemplación acostumbrada, y allí levantada sobre tí misma pasarás como pudieses ese dolor.»

«Pues al corazón del Hijo respondería el de la Santa Madre y le diría:—¿Por qué me mandas eso, Hijo mío? ¿Por qué me mandas alejar de este lugar? Tú sabes, Señor mío y Dios mío, que en presencia tuya todo me es lícito, y no hay otro oratorio, sino donde quiera que tú estás. ¿Cómo puedo yo partirme de tí sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazón este dolor, que fuera de él ninguna cosa puedo pensar; á ninguna parte puedo ir sin tí, y de ninguna pido ni puedo recibir consolación. En tí está todo mi corazón y dentro del tuyo tengo hecha mi morada, y mi vida toda pende de tí. Y pues tú por espacio de nueve meses tuvistes mis entrañas por morada, ¿por qué no tendré yo estos tres dias por morada las tuyas!.....»

«Tales palabras en su corazón iría diciendo la Virgen, y de esta manera se andaba aquel trabajoso camino hasta llegar al lugar del sacrificio.»

María repuesta de su pasajero desmayo sigue las huellas de su Hijo, no le precede: de buena gana hubiera llevado la Cruz de Jesús y casi envidia al Cirineo Simón: pero los soldados la rechazan. *Es la madre del ajusticiado: el odio al criminal*

(1) Orsini dice á este propósito: «La tradición apoyada en la autoridad de San Bonifacio y de San Anselmo, refiere que Jesucristo saludó á su Madre con estas palabras:—*Salve Mater*».

(2) Lo que llamamos el *Via Crucis* ó camino del pretorio al Calvario, que recorrian los reos para ser ajusticiados, luego que los sentenciaba el pretor romano, de donde vino el nombre de *judiciaria*.

refluye en la Madre del que va á ser víctima de la justicia humana. ¡Sarcasmo horrible, llamar *justicia* al asesinato jurídico!

Ya han llegado á la cumbre. Unos soldados abren los hoyos y fijan los largos maderos: otros desnudan brutalmente á los reos, y les hacen extender sus brazos sobre el travesaño para clavarlos en él. Una turba brutal y feroz contempla con avidez aquellos crueles preparativos: testigos innecesarios de aquel acto horrible, holgazanes unos, vengativos otros, abren desmesuradamente sus ojos para verlo mejor, y no perder ningún detalle (1). Quisieran tener aun más ojos para ver más y mejor. Los que están detras se alzan sobre las puntas de los pies y se apoyan sobre los hombros de los delanteros. El desden, el sarcasmo, la ira comprimida, el odio reconcentrado, el orgullo vengativo, la crueldad, la estupidez, la hipocresía se ven retratados sobre los rostros de los que forman el abominable corro, que entonces como ahora se agolpa brutalmente á presenciar las ejecuciones, para ver correr sangre de hombre con cierta especie de afanosa ferocidad é inexplicable deleite. María no vió estos horribles preparativos ni oyó las burlas sangrientas. El apóstol Juan que no la abandonaba, María la rica, señora del castillo de Magdalo, la del corazón ferviente, María Cleofas, María Salomé, madre de Juan, antes orgullosa, ahora bien humilde, las piadosas mujeres de Nazareth, de Jerusalem y de otras partes, que planian á Jesús en la subida al Calvario, se habian retirado á un lado, y se ponian cariñosas delante de María para que no viese, para que oyera menos (2). Jesús clavadas las manos en el travesaño es izado á lo alto del madero y sujetando á éste sus pies son clavados como sus manos (3). Denuestos, silbidos, insultos, infame rechifla acoge su elevación:—«Bájate si puedes..... haz ahora milagros..... ven, ven á destruir el templo..... llama, llama á tu Padre para que venga á librarte.» Hoy acompañan á los reos de muerte la tristeza, la caridad, el respeto debido á la humanidad doliente, pero en la muerte de Jesús no hubo ese lúgubre aparato: la rabia de los que gritaban:—«caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» necesitaba saciar su saña cruenta y añadir á la muerte los desahogos de la más baja venganza. Satisfechos estos instintos feroces abandonan el ajusticiado á su negra suerte: quizá tardará en morir, avanza la tarde y no es cosa de esperar allí. Despejase el círculo: los curiosos y los vengativos van

(1) Que era mucha la canalla que seguía á Jesús lo expresa San Lucas, *sequebatur multa turba*.

Por lo que sucede ahora en la avidez con que el populacho asiste á las ejecuciones, como á las corridas de toros, y no solamente el populacho sino la aristocracia dengosa, tan estúpida como la canalla, se infiere lo que pasaría entónces. Los hombres tenían entónces las mismas pasiones y los mismos vicios que ahora.

(2) San Mateo dice (cap. XXVII, v. 55): *Erant autem ibi mulieres multe à longe que secute erant Jesum à Galilea*.

Esta narración pugnaría con la de San Juan, que las pone al pié de la Cruz y no á lo lejos, *juxta Crucem*, si no se distingueran los dos períodos de la crucifixión, durante la cual estuvieron alejadas, y de la última hora, en que habiéndose marchado la turba, pudieron la Virgen, San Juan, la Magdalena y demás acercarse á la Cruz.

(3) Sobre la crucifixión y sus formas discuten mucho los arqueólogos: algunos de ellos, por supuesto racionalistas, pretenden probar que la narración del Evangelio no está conforme con las prácticas romanas. Estas eran tan varias, segun los países, los tiempos y el capricho de los ejecutores, que los mismos críticos varían segun el texto que quieren hacer prevalecer. Niegan otros que en la crucifixión se usaran clavos. ¿Hemos de creerlos mejor que á San Juan, testigo de vista? Santo Tomás Apóstol dice:—No creeré en su resurrección si no veo en sus manos los agujeros de los clavos (*in manibus ejus fixuram clavorum.*) (Cap. XX, v. 25.)

dejando el monte, y entónces la piadosa comitiva se acerca al madero ya santificado de la Cruz.

«Y estaban cerca de la Cruz de Jesús su Madre y la hermana (prima) de su Madre, María, mujer de Cleofas y María Magdalena. Y habiendo visto Jesús á su Madre, y al discípulo á quien amaba, que estaba tambien allí, dijo á su Madre:—Mujer, ve ahí á tu hijo. Despues dijo al discípulo:—Ve ahí á tu Madre. Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya (1).» Así refiere San Juan este lúgubre, tierno y último pasaje, como testigo presencial, como narrador de un asunto suyo personal.

Despues de humedecer su boca reseca por la fiebre y la pérdida de mucha sangre (2), á las tres horas de estar crucificado, y á lo que ya declinaba hácia su ocaso el sol eclipsado extrañamente, Jesús pronuncia sus últimas palabras. ¡Se acabó! (*Consummatus est*): entónces inclinándola su cabeza sobre el pecho lanza un hondo suspiro y entrega su espíritu en manos de su Eterno Padre. El género humano queda salvado: la promesa consoladora de Dios al primer hombre queda cumplida. María inocente paga la curiosidad indiscreta de la mujer primera, ¡y cuán cara!

Mil y mil plumas elocuentes han descrito con patéticas frases, con los más vivos colores, las angustias de María en el doloroso y horrible trance de la muerte de Jesús, pasaje más á propósito para sentido que para ser descrito. ¡Tanto y tanto es lo que sobre él á la imaginación se agolpa! Hace más de mil ochocientos años que las almas puras meditan sobre él y lo contemplan y nunca dejan tan piadosa tarea de la que sacan nuevas y vivas observaciones, que las enfervorizan más y más en el amor divino. A la manera que el pintor pagano cubrió con un velo el rostro del padre que asistía al sacrificio de su hija, no atreviéndose á expresar en su fisonomía el dolor paternal, vale más renunciar á las palabras que se agolpan á la imaginación sobre este asunto y llamar á las almas á meditar más bien que á leer, á estudiar las ideas propias mejor que á repasar las ajenas. Pero hay dos frases de dos Santos Padres, que se repiten generalmente por todos los escritores, y que no pueden ni deben por tanto quedar omitidas.

San Basilio dice:—La Virgen María excedió en sufrimiento á todos los mártires cuanto excede el sol á los demas astros. San Anselmo añade:—Todas las crueldades que se hicieron con los cuerpos de los mártires son cosa liviana y casi nada en comparación de lo que pasasteis Vos en la pasión de Jesús, ¡oh Virgen María! (3) Y la razon es obvia: en proporcion que una persona es inocente, pura y discreta, sus sentimientos son tambien más finos y más puros, y penetran por tanto más en el alma, cuanto ésta es más pura y el sentimiento más fino, á la manera que el cuchillo agudo penetra más que el embotado. Los sentimientos y aficiones carnales

(1) San Juan, cap. XIX, v. 25.

(2) San Vicente Ferrer pone en boca de la Virgen una frase tiernísima al oír á su Hijo decir que tiene sed (*sitis*). ¡Hijo mio, no tengo agua sino de lagrimas! *Fili, non habeo nisi aquam lacrymarum.* Lo cita San Ligorio, ap. Balb. pág. 456.

(3) *Virgo universos Martyres tantum excedit, quantum sol ad reliqua astra.* (San Basilio.) *Quidquid crudelitatis inflictum est corporibus Martyrum leve fuit aut potius nihil comparatione tue passionis.* San Anselmo, *De excel. Virg.* cap. 7.

Cita Orsini ambos textos. San Ligorio aduce, además de éstos, una multitud de otros vués en el discurso IX acerca de los Dolores de María, el cual lleva por epigrafe:—María fué la Reina de los Mártires.

y mundanas embotan el espíritu; la pureza, la discreción y la inocencia los afinan. ¿Cuáles debían ser por tanto los de aquella Virgen purísima y sin mancha, ni venial ni original, inocente hasta ser impecable, discreta y sabia sobre todos los Doctores? Y perdía un Hijo que era Dios á la vez, y moría asesinado jurídicamente, blasfemado, escarnecido, y el martirio de Él era el de la Madre, y al gritar el moribundo con voz vibrante (1) ¡Se acabó! (*Consummatum est*) pudo también decir ella con lánguido suspiro:—Sí, ¡ya se acabó! ¡también para mí se acabó todo!

La Iglesia tiene una poesía tan tierna como patética para pintar este dolor: su ritmo es sencillo y lánguido, y la música casi monótona con que lo acompaña, parece el arrullo de la nodriza que trata de adormecer al niño enfermo. Y con todo, esta música es la misma de la del terrible *¡Dies iræ!* Pero ¡qué efecto tan distinto! Cuando el cantor dice con voz hueca y vibrante

*Tuba mirum sparget sonum  
per sepulchra regionum.....*

el corazón se oprime; parece que se oye la terrible trompeta, que amedrentaba la poética imaginación de San Jerónimo. Pero cuando el coro con voz doliente y plañidera entona

*Stabat Mater dolorosa,  
juxta Crucem lacrymosa*

un sentimiento de ternura vaga é indefinible hace que marche uno hacia el Calvario, y venga allí y se coloque detrás del piadoso grupo, como quien llega tarde, y después de mirar á Jesús ya difunto, dirija en silencio sus miradas hacia aquella Madre allí desfallecida, casi moribunda, víctima de su dolor sombrío. ¿Quién puede entonces contener sus lágrimas al ver á la Madre del Salvador en tanto suplicio? Al ver que tuvo que presenciar la muerte de su Hijo dulcísimo, y su desolación al escuchar su último suspiro

*Alli vió á su dulce Hijo,  
Desolado y moribundo  
Cuando su alma rindió (2).*

Pero el espíritu del catolicismo y de la Iglesia es altamente práctico: no quiere vanas teorías, que nada sirven y á nada se aplican. La Fé, mucha Fé, pero con obras y buenas obras, que *obras son amores*. ¿De qué sirven lágrimas gruesas, hondos suspiros que pasan al punto y nada dejan, ni enmienda, ni dolor, ni arrepentimiento, ni humildad, ni reforma? Semejantes son á esas tempestades de verano, en que de pronto asoma una nube ligera, caen unos gruesos gotarrones, que absorbe la tierra al minuto, pasa la nube y luego sobreviene un calor aún más pesado y sofocante. Por eso en esta secuencia, en vez de continuar entonando lígubres endechas y frases de dolor, hace que nos volvamos á la Reina de los Mártires diciéndola cariñosamente:—Ea, Madre Santa del amor santo y del amor más puro, del cual sois manantial abundante, dadme que llore con Vos compartiendo vuestro dolor en toda su fuerza é intensidad; pero haced al mismo tiempo que arda mi corazón en el amor santo de Jesús vuestro Hijo, para complacerle aquí, utilizando los méritos de su Pasión Santa y dolorosa muerte, agradándole, complaciéndole siempre y para siempre! Y en pos de esto lanza en nueve estrofas otros nueve conceptos análogos, y concluye con un gemido de dolor volviendo la vista al último y

(1) *Et clamans voce magna Jesus ait.....* (San Juan, cap. XXIII, v. 46) *Et ait ubi dicitur*  
(2) *Vidit suum dulcem Natum.....*

amargo trance por que todos hemos de pasar.—Señor, Vos moristeis y yo también tengo que morir: quiero acostumbrarme ahora á ese triste momento para sentirlo ménos y en vuestra muerte contemplar la mía. Sea esta en expiación de mis culpas, que tan caras os costaron. No sean vuestras penas estériles para mí, antes bien llevadme desde el lecho del dolor al paraíso de la gloria, como llevasteis al ladrón que padecía junto á Vos, el cual arrepentido de sus crímenes no blasfemó de vuestro santo nombre.

Quando mi cuerpo muriera

Haz que el alma gloriosa

Al paraíso gozosa

Pueda el vuelo remontar (1).

Faltaba á Maria otro dolor, de esos dolores que llevan consigo algún consuelo, pero en los cuales se duda si mitigan el dolor ó lo exacerban. La madre que ve morir á su hijo querido de una de esas enfermedades en falta la respiración, oprimida la garganta, como si la mano de la muerte inexorable que fuera agarrotando lentamente al niño que se ahoga, que se agita y lanza apenas un silbido angustioso y de agonía, llega á desear la muerte de su hijo, una vez perdida la esperanza. Maria habia podido abrigar alguna de que su Hijo no muriese. Los de Nazareth habian querido asesinarle, y le habian llevado á la cúspide del monte, pero él habia pasado por medio de ellos, y el asesinato no se consumó. Otra vez en Jerusalem quisieron apedrearle por blasfemo. Quizá fuese ahora lo mismo, y aunque preso, y azotado, y escarnecido, pudiera ser que no estuviese decretado que llegase á sufrir la última ignominia humana, la muerte y muerte en afrentoso patíbulo. Mas esa esperanza se habia desvanecido, y al ver los horribles sufrimientos de que era víctima, si no llegó á desear la muerte de su Hijo, porque no podía deseársela, por lo ménos padecía ménos al ver que habia espirado. Ya Jesús no sufría: ella sufría por los dos. Triste consuelo!

Los dos bandidos respiraban aún. Lo más horrible en el suplicio de cruz era el largo tiempo que duraba, pues á veces tardaban los reos en morir dos ó tres días: las aves de rapina, cemiéndose en pesados giros sobre las cabezas de los reos moribundos, olfateaban su presa, lanzaban chillidos de impaciencia, y redoblando su osadía en proporción de la forzada inercia se arrojaban sobre ellos, picaban sus ojos y se cebaban en sus carnes todavía vivas y palpitantes. Por misericordia se tenia el acelerar su muerte, y así lo hicieron los sayones con los dos bandidos. Al ver muerto á Jesús no destrozaron su cuerpo. La lanza de un pretoriano abrió el costado de aquel, para asegurarse de su muerte. El corazón de la Madre sufrió á la vez el golpe y el ultraje, ya que el cadáver de su Hijo no sentía ningún dolor (2).

El cadáver se bamboleó en la cruz: en aquel momento se oscureció aun más el sol asaltado por extraordinario y repentino eclipse, las aves volaron para ocultarse, la tierra se estremeció con extrañas convulsiones, los montes se desgajaron, y algunas montañas se hendieron cual si penetrara en su seno un cuchillo (3). Los

(1) *Quando corpus morietur.....*

(2) *Divisit Christus cum Matre sua hujus vulneris poenam, ut ipse injuriam acciperet, Mater dolorem.* Lanspergio citado por San Ligorio en el 5º dolor de Maria, pág. 439 de la traducción española.

(3) La tradición supone que entonces fué cuando se disgregaron los conos de la montaña de

curiosos insolentes que aun no se habían retirado del Calvario sintieron pavor, se estremecieron con tardío arrepentimiento, y bajaron del monte convirtiéndose en susto la saña con que lo habían subido. Todos reconocían la divinidad del que acababa de morir, dejándose matar, ménos los escribas y fariseos, sus asesinos, representantes de los políticos y los sofistas. El orgullo político y la pedantería científica son difíciles de curar: rara vez reconocen su error. Los fugitivos tropezaron en el camino con un caballero que subía presuroso seguido de unos esclavos cargados de mixturas y aromas para embalsamar. Era Nicodemus, el discípulo oculto. Este en unión de otro caballero de Arimatea, llamado Josef, que traía licencia de Pilatos para tomar el cadáver y sepultarlo, descolgó el cuerpo de Jesús á vista de Maria, la cual lo recibió en sus brazos y lo estrechó contra su seno.

«Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de paz! llorad con esta sagrada Virgen, llorad cielos, llorad estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de Maria! Abrazase la Madre con el cuerpo despedazado, apríetalo fuertemente contra su pecho, mete su cara entre las espaldas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre.—¡Oh dulce Madre! ¿es ese por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebisteis con tanta gloria y paristeis con tanta alegría? ¿Pues qué se hicieron vuestros gozos pasados?.....»

«Hijo, antes de ahora descansa mio, y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste para que los judíos te crucificaran? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tan buenas obras? ¿Este es el premio que se da á la virtud? ¿Esta es la paga de tanta doctrina?.....»

«Oh dulcísimo Hijo, ¿qué haré sin tí? ¡Tú eras mi Hijo, mi Padre, mi Esposo, mi Maestro y toda mi compañía! Ahora quedo como huérfana sin Padre, viuda sin Esposo, y sola sin tal Maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré más entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicaciones del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré más asentado á mi mesa, comiendo y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria, hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad (1).....»

Montserrat. En Gaeta y en otras partes donde se presentan asimismo disgregaciones extraordinarias en algunas montañas, se cree que sean de aquel momento, como asimismo la profunda hendidura que se nota todavía en el Santo Sepulcro, cerca del sitio donde estuvo la Cruz.

(1) Renunciamos á copiar los restantes hermosos párrafos que nuestro elocuente cuanto venerable clásico pone en boca de la Virgen Maria (Granada: Libro de la oracion y meditación: cap. para el sábado por la mañana.)

## XXXVI.

## REGRESO DEL CALVARIO: SOLEDAD DE MARIA.

De Jeremias son estas palabras con que personifica á Jerusalem arruinada (1.) pero la Iglesia las aplica oportunisimamente á la Virgen Maria, y á su dolor en el Calvario al desprenderse del cadáver de su Hijo, que lleva á enterrar la piadosa comitiva á un sepulcro nuevo abierto en la roca y en un huerto inmediato.

Maria se deja arrancar de las inmediaciones del sepulcro y baja del Calvario. Entónces parece que es el momento en que su pecho dolorido expresa más bien con su continente que no con palabras, que apenas podría articular, esas doloridas frases:—«Oh vosotros, los que pasais por este camino y calle de la Amargura, reparad y mirad si hay un dolor que pueda equipararse con el mio! Y estas palabras doloridas pasan de generacion en generacion, de gente en gente, á todos los hombres afligidos, á todas las madres desesperadas por la pérdida de sus hijos, pues ¿qué madre tuvo un hijo más bello, más santo, más digno de ser querido por Maria? Y ¿qué madre vió morir á su hijo, más desastrosa, más inicua, más inhumanamente? Creo que el mayor dolor que puede haber en el mundo es el de una madre que ve morir de hambre á su hijo único: pero entre este suplicio de la naturaleza, y el otro de ver morir á su hijo único en un patibulo por una traicion infame y una injusticia horrible, el del hambre es mucho ménos. Maria, pues, al bajar del Calvario dice á todas las madres cristianas, que lloran justamente la pérdida de sus hijos queridos:—«Vosotras, pobrecitas, que bajais conmigo de vuestro Calvario dejando enterrados á vuestros hijos, comparaos conmigo y ved si vuestro dolor justo, natural y desmedido, puede igualar al dolor mio!»

Pero Maria no habla: su dolor se reconcentra en su pecho como en un vaso cerrado: el dolor grande es sombrío y taciturno: dichoso el que logra que su pesar se evapore en gemidos. Con pasos vacilantes sigue á la comitiva, que respeta ese dolor inmenso. ¿Acaso sabe ella lo que le pasa? ¿Acaso sabe por dónde va ni adónde va? Ya no tiene ni aun el triste placer ni el consuelo, palabras horribles en este caso, de abrazar el cadáver de su Hijo, besar su rostro lívido, limpiar con esmero y con cariño la sangre coagulada en su cara, meter su rostro entre las espaldas de su buñesca corona y herirse con ellas, complaciéndose en que maltraten su rostro los abrojos que maltrataron el de su Hijo. Ni aun le es dado estacionar

(1) Trenos.—Cap. I, v. 12.

se cerca del cuerpo de su Hijo y guardar su sepulcro como la desdichada Resfa los cadáveres de sus hijos. Consigo lleva el paño blanco con que limpió el rostro ensangrentado de Jesús: lleva también la corona de espinas y los clavos, trofeos de aquella derrota, que es la mayor victoria de Dios, siquiera sea dolorosa para quien recoge esas reliquias.

María no podía menos de conservar esos tristes recuerdos, y así se explica el que se hayan salvado y llegado hasta nosotros, santificados con el contacto del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, dignos por tanto del culto de latria que les da la Iglesia. No se concibe que San Juan, la Magdalena, la misma Virgen en el abismo de su dolor, dejasen de recoger aquellos objetos funestos, pero ya adorables, que algún día habían de colocar los Césares sobre sus coronas imperiales. ¿Quién no ha visto el esmero con que las familias honradas recogen y conservan los objetos que pertenecieron á sus difuntos queridos, por lúgubres y dolorosos que sean los recuerdos que evocan! Una madre que ha perdido á su hijo honrado, gallardo y valeroso, víctima de una bala homicida, recoge el mortífero plomo y lo conserva con esmero de paso que lo maldice. Pero María, en su resignación admirable y sobrehumana, no sabía más que bendecir, ni podía maldecir aquellos objetos cruentos, dignos ya de veneración profunda.

Bajado el Calvario, la comitiva fúnebre entra silenciosa por la puerta Judiciaria y atraviesa la calle de *la Amargura*, sombría entonces con la escasa luz del crepúsculo, que ha reemplazado el eclipse sobrenatural y milagroso. Cruza las calles menos transitadas para llegar al cenáculo. Jerusalén presenta en aquellos momentos un aspecto extrañamente sombrío en medio de la solemnidad de la Pascua. A la embriaguez, al paroxismo de la rabia y la venganza, han sucedido el susto, el pavor y los recordimientos. Triste es aquella Pascua! La venganza satisfecha engendra el recelo, y la alegría esperada no aparece. Corren noticias pavorosas y siniestras entre los grupos de holgazanes y curiosos, amigos de propalar novedades. El velo del templo se ha rasgado: varios profetas han salido de los sepulcros durante el terremoto, y sus cuerpos macilentos, no como espectros sino como realidades palpables, se han aparecido á varios israelitas piadosos, revelándoles misterios terribles, castigos providenciales, la ruina de Jerusalén, la dispersión, el degüello, la esclavitud social, la terminación del culto, y todo en castigo del asesinato del Justo, del Santo, muerto á su vista en aquella tarde, por quien el sol ha vestido luto, al paso que más allá de las regiones solares y en el cielo que no se ve, detrás de lo que llamamos *cielos*, se han hecho grandes recogijos, entrando el Justo en las mansiones de la gloria, rodeado de las almas de los patriarcas y de los santos y hombres de bien, que esperaban su venida desde los tiempos de Abraham. Y estos justos y profetas aparecidos á varios israelitas fieles, cuyas manos, acostumbradas al bien y al trabajo, no se hallan manchadas con la Sangre del Nazareno, rebotaban en júbilo por lo que tocaba á ellos, al paso que su indignación estallaba en imprecaciones y amenazas por el crimen nefando, por el sacrilego asesinato cometido en aquel día.

Pero estas noticias que corren por Jerusalén, que llegan á oídos de los sacerdotes envidiosos, y del mismo pretor romano, poco caviloso por un asesinato jurídico de más ó de menos, no llegan á los oídos de la Madre Santa, que acaba de perder á su Hijo, y que en su dolor profundo solo busca el retiro, en su modesto apo-

sento la soledad, la oscuridad, y dentro de esta soledad sombría se reconcentra en la soledad de su corazón, soledad aún más lóbrega y vacía. Los consuelos la desconsuelan: agradece los conatos de mitigar su dolor, pero no los acepta. Aunque los aceptara ¿de qué le servirían?

¡Oh cuánto diera Ella por estar ahora sola enteramente en su pequeña casita de Nazareth, cerrada la puerta, junto al pobre hogar, donde ya ni aun la ceniza tiene calor ni la lámpara luz! Allí recordaría en medio de la oscuridad los favores del cielo; la aparición del Ángel, la vida laboriosa y resignada compartida con el Hijo y el Esposo, los coloquios con los espíritus celestiales, el júbilo santo al ver á Jesús volver del desierto y de sus excursiones evangélicas, mudar sus ropas y renovar su calzado, y escuchar de labios de los discípulos la narración sencilla y entusiasta de sus portentos y milagros. Todo se acabó menos el dolor. Acabó el tormento del Hijo, pero no el de la Madre; y hablando con el que era Dios y Hombre, y lo es aunque muerto su cuerpo, le decía, no con la lengua, sino con el lenguaje del corazón y del alma: — ¡Oh Rey mío! ¡haced ya por bien que sea este el postrero de mis martirios si de ello sois servido, y si no hágame en esto y en todo vuestra divina voluntad!..... Ya se acabaron sus martirios, y el mío viéndolo se renueva. Mandad á la muerte que vuelva por los despojos que dejó, y lleve á la Madre con el Hijo á la sepultura. ¡Oh dichosa sepultura que has sucedido en mi oficio, y la corona que á mí me quitan á ti la dan, pues encerrarás dentro de tí al que tuve yo encerrado en mis entrañas! Mis huesos se alegrarían si allí se vieses, y allí sería de verdad mi vida en la sepultura. El corazón y ánima que yo puedo yo los sepultaré, mas vos también, Señor mío, el cuerpo que yo no puedo sin Vos. ¡Oh muerte! ¿por qué eres tan cruel que me apartas de Aquel en cuya vida estaba la mía? Más cruel eres á las veces en perdonar que en matar. Piadosa fueras para mí si nos llevaras á entrambos; más ahora fuiste cruel en matar al Hijo, y más cruel en perdonar á la Madre (1).

El sol brilla de nuevo sobre Jerusalén; en el corazón de María sigue la noche y sigue en su aposento. Las trompetas del templo anuncian la solemnidad del sábado. Las preces de María y sus dolorosos suspiros ya no van allá. Esa religión acabó con el Deicidio. Si antes era mortal, ahora ya es muerta y en breve será mortífera. El templo de María está en el Calvario; allí van sus preces desde el rincón de su pobre aposento, allá sus afectos, allá los suspiros. Corred, corred al templo de Salomón, restaurado por Zorobabel, ampliado y decorado por Heródes el Grande, corred á postraros ante Dios los que ayer asesinateis al Hombre-Dios; sacrificad animales y haced correr la sangre de los toros los que ayer hicisteis correr la sangre del Justo. Los soldados romanos están afilando sus espadas para hacer correr la vuestra en ese mismo recinto, y después de degollarlos al pie de ese altar, caerán sobre vosotros los muros del templo y quedareis sepultados y calcinados bajo sus escombros ardientes.

Y un día frente á ese templo, barrido de la superficie de la tierra al soplo de la indignación divina, que disparará sus cenizas mezcladas con las del polvo de vuestros cuerpos, en ese monte frontero se alzará otro templo, á donde vendrán á postrarse de todos los confines de la tierra los discípulos de ese galileo que habeis cru-

(1) Fray Luis de Granada ya citado,

cificado, de cuyo sepulcro salen misteriosos resplandores, que revelan su gloria venidera y la gloria sempiterna del que momentáneamente yace en él. Predicho está que ha de ser glorioso su sepulcro (1).

Decidle al pretor romano que ese Nazareno que habeis muerto hoy entre él y vosotros, es posible que resucite, ó que digan sus discípulos que ha resucitado. Poed ahí guardia, no de soldados romanos, que no se prestan para ese servicio, sino de la cohorte de esbirros que os sirve para vuestras maldades. Vuestra conciencia os dice que va á resucitar en breve, y durante el reposo del sábado no reposará vuestra conciencia ni cesarán vuestros remordimientos.

## XXXVII.

## DE LA RESURRECCION A LA ASCENSION DE JESUS AL CIELO.

Si los escribas y fariseos no desconocian que Jesus habia predicho su asesinato y su resurreccion (2), tampoco la ignoraban los Apóstoles y sus discípulos (3); tampoco podia olvidar la Virgen tan buena noticia, tan halagüena esperanza. Entonces, ¿de qué se afigia? entonces, ¿á qué planir tanto su triste soledad y su agonía y sus ansiedades? Y ello no tiene duda de que su dolor fué grande: lo dice la Iglesia, lo expresan las revelaciones de almas santas á quienes lo narró ella misma, lo aseguran todos los escritores místicos y piadosos, y lo preconizan los oradores sagrados.

Con la misma razon podriamos preguntar, ¿por qué se apuró tanto Jesus en el huerto al principiar su pasion dolorosa? y ello es que llegó hasta el punto de pedir á su Eterno Padre que pasara de Él aquel caliz, y hasta el extremo de sudar sangre, padecer un deliquio en angustiosa agonía y necesitar el ser confortado por un Ángel. Además, la pasion habia de durar solamente diez y seis horas, y luego en pos de la muerte la victoria, la bajada triunfal para aterrar los antros del Averno, las aclamaciones de los redimidos, la llegada al cielo con toda la santa falange de los patriarcas, profetas, santos y justos, desde Adán á San José inclusive. Aquel triunfo que habia visto David en éxtasis y pintado con patéticos colores. Jesus Dios y Hombre subiendo del Averno y llegando á los muros diamantinos de la Jerusalen celeste, cuyas puertas de zafiro están todavia cerradas, y donde los ángeles con flamigeras espadas miran desde las almenas.

(1) *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.* (Isaias cap. XI, v. 10).

(2) Los judíos le dicen á Pilatos: *Domine, recordati sumus quod seductor ille dixit adhuc vivens post tres dies resurgetur.* (San Mateo, cap. XXVII, v. 63.)

(3) A los apóstoles dice de un modo terminante la traicion que le amenazaba, su pasion con todas las circunstancias de irrisión, flagelacion y muerte, y por fin su resurreccion al tercero dia.—*Ecce ascendimus Jerusalem, et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum et scribis, et condemnabunt eum morte..... et tertia die resurget.* (Idem, cap. XX, vers. 18 y 19.)

¿Qué Cesar romano subió al Capitolio por la Via Sacra con tan poderoso ejército ni tan brillante y esplendorosa comitiva? Allí van muchos Reyes, David, Josafat, Ezequías; allí van sumos sacerdotes con un efod más brillante que el Racional antiguo; allí Moisés, Aaron, Samuel, Zorobabel, los grandes caudillos de los ejércitos del Señor, Josué, Jonatás, los Macabeos, y todos ya radiantes de júbilo y de gloria, que á vista de las puertas cerradas gritan á los Angeles:—«¡Levantad esos rastrillos, Príncipes del cielo, bajad los puentes, que viene aquí el Rey de la Gloria triunfante del infierno y de todos vuestros enemigos (1).»

¿Ignoraba Jesus este triunfo al angustiarse hasta el punto de que brotara la sangre por los poros de su cuerpo? Ni lo ignoraba ni lo podia olvidar; y ello es que lo padeció y lo sufrió. Y si tal y tanto pasó el Hijo antes de morir, ¿qué extraño es que pasara tal y tanto la Madre despues de muerto éste, á pesar de no ignorar la profecía de la Resurreccion y no poder olvidarla?

Dios dispone de la memoria de los hombres como de su voluntad sin perjudicar al albedrío. Si la memoria de la muerte estuviera siempre presente al hombre con la viveza con que algunas veces se presenta, ¿quién tendria gusto para nada de la tierra? Mas Dios permite para la propagacion del género humano y satisfaccion de las necesidades de él, que la memoria de las postrimerías quede por lo comun como embotada y entumecida, pero encargando se medite con frecuencia sobre ellas para despertador saludable del alma y de la conciencia.

El olvido de las palabras de Jesus por parte de los Apóstoles, su incredulidad, su abatimiento en este punto, son tan chocantes, que apenas se comprenden. No una, sino varias veces les habia dicho que habia de resucitar al tercero dia, y con todo ni lo creian ni lo esperaban, y despues de anunciar la resurreccion del Señor las mujeres, todavia no la creen, sino que por el contrario, en vez de alegrarse y recordar con júbilo el cumplimiento de lo prometido, se echan á temblar. Hay hasta ridiculez en la grosería de los Apóstoles en aquellos momentos, y esta nos demuestra cuán incapaces eran en lo humano, y sin la asistencia especial divina, de hacer lo que despues hicieron.—«Nosotros esperábamos que habia de redimir á Israel. Y despues de todo esto estamos hoy en el tercer dia despues de su muerte. Y es lo bueno que algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han asustado, pues habiendo ido al sepulcro ántes de amanecer, y no habiendo hallado su cuerpo, han venido diciendo que han visto unos ángeles, los cuales dicen que está vivo. (2)»

¿Estaba con ellos la Virgen María? Yo creo que no (3). Sobre que el Evange-

(1) Salmo 23: *Atollite portas, Principes, vestras.....*

(2) *Sed et mulieres quaedam ex nostris terruerunt nos.* (San Lucas, cap. XXIV, v. 22.) Cosa rara! El cumplimiento de la profecía que debiera alegrarlos les causa miedo. Tal era su rudeza y tan escasa su fé.

(3) Orsini supone que la Virgen María fué al Calvario con las tres Marías Magdalena, Salomé y Cleofás, y supone tradicion sobre esto. «Sgun la tradicion, María se hallaba entre estas santas mujeres.» Pero la tradicion supone todo lo contrario.

El haber en el santo sepulcro una capilla que representa la aparicion de Jesus á María, ha hecho popular el rumor de que allí apareció á esta. Pero, sin rebatir esa piadosa credulidad, tampoco es fácil de admitir semejante tradicion. Creo más bien que mientras las santas mujeres corrian presurosas hácia el sepulcro, la Madre del Salvador habia gozado ya, ó estaba gozando de la presencia gloriosa de su Hijo resucitado.